

VÁZQUEZ, Germán, *Moctezuma*, Madrid, Historia 16 (Col. Protagonistas de América), 1987.

A través de las 160 páginas de su libro *Moctezuma*, Germán Vázquez recorre, en la figura del célebre *tlatoani* azteca, una parte de la historia de la Conquista que se caracteriza por estar llena de incertidumbres. Como el autor se arriesga en todo momento a dar nuevas interpretaciones sobre los problemas más debatidos en torno a ese tema, contra las hipótesis más o menos tradicionales, podría pensarse que se trata de un novato atrevido. Pero Germán Vázquez tiene ya una larga trayectoria en estos temas, y bastaría con señalar que se ha hecho cargo de la presentación de muchas de las publicaciones de *Historia 16* relativas al descubrimiento y conquista de América.

El autor trata, sobre todo, de derrumbar la errónea idea, bastante difundida, acerca de Moctezuma (o Motecuhzoma, que él considera más correcto), a quien la historia hace principal responsable de la destrucción del poderío mexica ante los extranjeros. Vázquez rechaza tajantemente la caracterización de Moctezuma como un gobernante supersticioso, estúpido, cobarde, pusilánime y déspota a la vez, quien dio al traste con una cultura en la cúspide de su esplendor. Desde su punto de vista, el *tlatoani* fue un hombre inteligente, sereno, prudente y tolerante, un gobernante capaz, práctico y dotado de una gran sagacidad, gracias a la cual mantuvo bajo control las riendas del estado mexica, que entonces atravesaba por una aguda crisis externa e interna.

Las maniobras llevadas a cabo por el monarca frente a la marcha de los conquistadores no se pueden calificar de absurdas y torpes, sino que fueron absolutamente coherentes y respondían a un plan estratégico bien elaborado para acabar con el grupo de extranjeros. Sólo el infortunio y circunstancias impredecibles hicieron que Moctezuma fallara por completo, lo que provocó el desprecio de sus gobernados y una imagen histórica que nada tenía que ver con la realidad:

La figura del *tlatoani*, manipulada y deformada por anónimas manos, adoptó la forma de un Quisling mexicano, de un colaboracionista cobarde y vendepatrias, cuyo destino no podía ser otro que la muerte. Y así sucedió, si bien la ejecución, fruto del azar, tuvo poco de ejemplar. Para remediar tamaña injusticia de Clío, los aristocráticos historiógrafos trocaron sin pudor la realidad de los hechos (p. 154).

El gobernante mexicana, quien perdió el aplomo sólo después de ser golpeado en la cabeza con una piedra, siempre dio muestras de su sagacidad, incluso cuando ya su situación estaba completamente perdida. Así, por ejemplo, cuando ya se habían desatado las hostilidades entre mexicas y extranjeros, ante los insultos de Cortés y la orden que éste le daba de reabrir el mercado, Moctezuma engañó hábilmente al Capitán. Comunicó a Cortés que el único medio de reanudar la actividad mercantil era liberar a alguno de los rehenes, quien transmitiría su orden. En realidad él, prisionero como estaba, ya no tenía ninguna autoridad ante su gente. Cortés cayó en la trampa y liberó a Cuitláhuac, quien fue después electo *tlatoani* e infligió a los españoles la memorable derrota de la Noche Triste. En relación con la actitud de Moctezuma frente al avance de los españoles, el gobernante mexicana –según el autor del libro– habría realizado “maniobras... dignas del propio Niccoló Machiavelli”, pero los exégetas, como “no pudieron apreciar la sabia actuación” del *tlatoani*, “transformaron al inteligente monarca en un cretino integral” (p. 55).

La lectura de Germán Vázquez se basa en el análisis de los textos desde un punto de vista político. Sin duda, los resultados son interesantes y reflejan lo sucedido, al menos parcialmente. Hay, sin embargo, diversos aspectos sumamente discutibles.

El primero de ellos es que, al limpiar la imagen de Moctezuma, echa la inmundicia en los rostros de los nobles. En la corte mexicana habría dos grupos en pugna: por una parte, la facción que “buscaba eliminar al adversario por medios sutiles” (p. 71), liderada por Moctezuma, y a la que pertenecían los sacerdotes y algunos nobles peeles; por otra, una parte de la nobleza inconforme y dispuesta a un enfrentamiento inmediato contra los españoles, entre los cuales se encontrarían Cuitláhuac, Cuauhtémoc e Ixtlilxóchitl, muchos de ellos familiares del *tlatoani*. Estos son llamados “intrigantes notables”, “abyectos cortesanos” (en referencia a Atonal y Tlamapanatzin, pp.

42-43), “díscola nobleza” (p. 44), “intrigante y desunida nobleza” (p. 96), etcétera. Lo importante es que el rotundo fracaso de los sabios planes de Moctezuma se debió –según nuestro autor– sobre todo a la ambición de esos nobles.

Suponiendo que las pugnas existieran por discordias políticas y económicas, desde nuestro punto de vista es igualmente desatinado el hecho de denigrar a los miembros del grupo rival, al punto de afirmar que Cuitláhuac, principal representante de la facción opuesta a Moctezuma:

vio en la llegada de los españoles una oportunidad dorada para enfrentarse a su todopoderoso hermano, máxime cuando contaba con el apoyo de guerreros y aristócratas. Deseoso de devaluar el prestigio de Motecuhzoma, aumentando de paso el suyo propio, el joven señor de Iztapalapan diseñó una táctica que única y exclusivamente, perseguía el fracaso de los planes fraternos (p. 72).

Y no se puede afirmar que unos fueran los malos y otro el bueno, porque en el estudio no se especifica qué personajes actuaban en beneficio del pueblo y de sus instituciones. Es cierto que se presenta como egoísta a la facción opuesta a Moctezuma, pero el autor afirma también que el propio *tlatoani*, desde antes de la llegada de los españoles, “se convirtió en un gobernante impopular y odiado por nobles y plebeyos, aliados y tributarios” (p. 23) por las reformas emprendidas en los diferentes ámbitos de la sociedad azteca. Y de cualquier forma, a final de cuentas, fueron los supuestos jefes belicistas de la facción contraria quienes lucharon hasta la muerte contra el invasor, cuando ya la situación que había dejado el *tlatoani* era francamente desesperada para los aztecas.

El segundo punto se refiere al manejo de las fuentes. Es en gran medida acertada la crítica que el autor hace de las fuentes indígenas. Por ejemplo, en relación con los textos que se refieren a los primeros encuentros entre españoles y enviados mexicas, Germán Vázquez señala los graves anacronismos, inconsistencias y subjetividad del texto de los informantes de Sahagún, en donde se presenta a “un *tlatoani* atormentado, nervioso y cobarde, que actúa de manera contraria a lo que su pueblo esperaba de él”. Sin embargo, pensamos que es difícil caracterizar las fuentes indígenas como manifestaciones de la propaganda contra Moctezuma por parte de la opuesta nobleza mexicana,

aunque sí podría demostrarse que ese tipo de textos no presentaba ya una visión indígena de la historia de la Conquista, sino una versión sometida y aculturizada de parte de la nobleza que se había aliado con los extranjeros y que continuaba conservando prerrogativas con sus cacicazgos en las poblaciones sometidas. Esos textos alteran los acontecimientos al capricho de los vencedores y, en ese sentido, son del todo inconsistentes.

Pero además, en mi opinión, el autor comete un grave error al descalificar los textos indígenas y validar las crónicas españolas, como cuando se refiere a la "absurda confusión de los textos nativos, cuya inaudita incoherencia contrasta vivamente con la monolítica versión castellana" (p. 151). Tal opinión se refiere a la muerte de Moctezuma, pero puede ser aplicable a otros acontecimientos. El autor ve la paja en el ojo ajeno. En realidad, las crónicas españolas de la conquista se encuentran tanto, o más, limitadas por prejuicios y errores que las indígenas. Por ejemplo, ¿cómo se podría creer en los parlamentos entre indígenas y españoles, al arribo de estos últimos a las costas de México, si los cronistas no entendían nada de lo que se estaba hablando? E incluso, cuando ya tenían sus intérpretes, ¿cómo podría saber con precisión el conquistador lo que se estaba hablando si las palabras en náhuatl debían ser doblemente traducidas? Primero, la Malinche traducía del náhuatl a la lengua maya; luego, Jerónimo de Aguilar traducía del maya al español. Aun suponiendo que el aprendizaje del maya por ambos intérpretes fuera excelente, el capitán español recibía una versión en buena medida diferente de la original. A esto se debe agregar que muchas veces los escritores de Indias escribían de oídas o por lo que leían, y, sobre todo, que se encontraban sometidos a enormes prejuicios culturales, religiosos y políticos. A pesar de todo, el autor parece dar plena fe a los documentos de los cronistas. Me parece que éste es el principal defecto de la obra y que, en consecuencia, su hipótesis fundamental, por más interesante que sea, debe ser rechazada por falta de pruebas. Por desgracia, la fe absurda en las fuentes de la Conquista afecta, en mayor o menor grado, todos los estudios del México antiguo y de la Conquista, y es necesario tener precaución en el manejo de las fuentes, cosa que no hizo, parcialmente, el autor del libro sobre Moctezuma.

*Gerardo Ramírez Vidal*